

FIG 01. Fotografías de las maquetas del concurso.
Photographs of the competition models.

AS+



FOA



MVRDV



OMA



WEST8

ESP La oportunidad de crear un gran parque central y adaptado a las necesidades del Plan Especial Estación Intermodal de Logroño surge cuando, estudiando su topografía, comprobamos que se trata de una de las poquísimas ciudades españolas con abundancia de agua. Esto es algo descubrimos en un plano de 1962, dónde conocimos los regatos subterráneos que se originaron en las periódicas inundaciones de la ciudad.

El contraste entre esta idea vinculada a la hidrografía de la ciudad, y el apilamiento de edificios de las demás propuestas del Concurso Internacional convocado, hizo posible ganar el concurso. La presencia de agua permitió llevar a cabo la idea planteada prácticamente en el primer esbozo: crear un generoso parque sobre el trazado ferroviario, que se manifiesta verticalmente en un conjunto de torres. Agua, parque y torre generan una nueva centralidad

urbana, aprovechando una infraestructura pública cuya sostenibilidad medioambiental ha obtenido el segundo BREEAM.ES Urbanismo conseguido en España, citando literalmente:

“La integración y reurbanización de un suelo infraestructural a través de la creación de un gran parque de más de 72.000m2 ha contribuido a mejorar la movilidad urbana y la biodiversidad del entorno, al tiempo que su conexión con diversas zonas verdes periféricas a modo de corredor ecológico ha permitido la mitigación del efecto “isla de calor” y una gestión adecuada del agua de lluvia a través de sistemas urbanos de drenaje sostenible (SUDs.)” Javier Torralba, director de BREEAM España.

(DESCRIPCIÓN DE LOS AUTORES)

PROYECTO

ESTACIÓN INTERMODAL Y PARQUE URBANO

LOGROÑO

Abalos+Sentkiewicz AS+

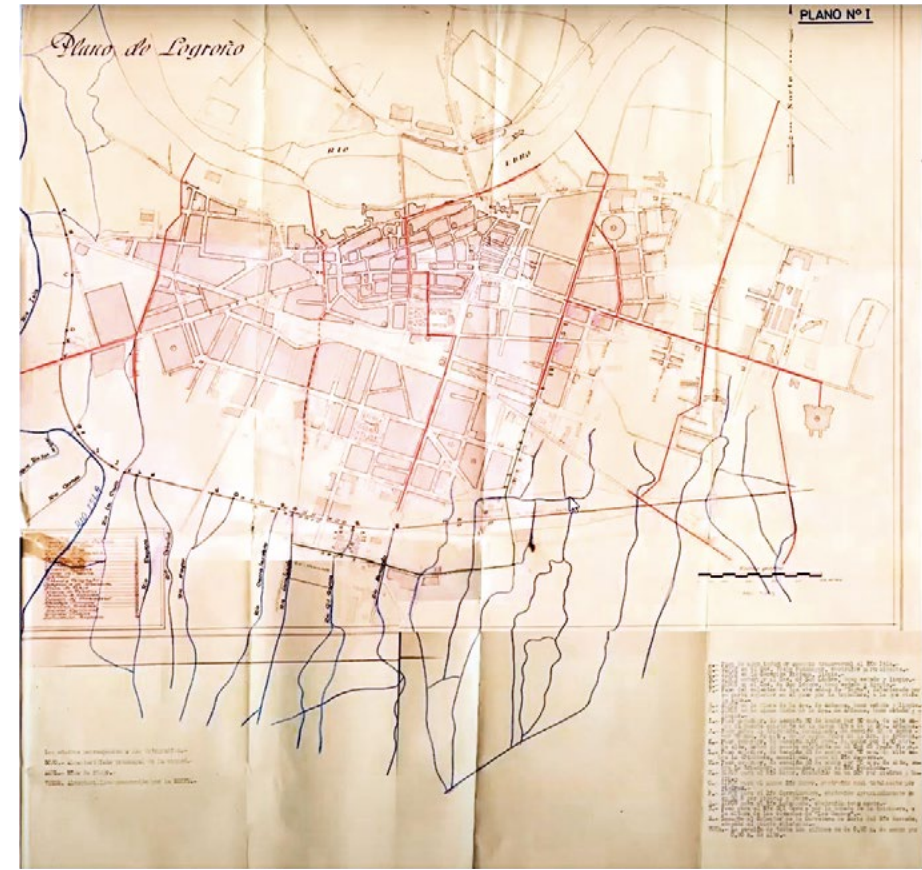


FIG 02. Plano de Logroño de 1962.
Map of Logroño from 1962.

ENG The opportunity to create a large central park tailored to the needs of the Special Plan for the Logroño Intermodal Station arises when, upon studying its topography, we ascertain that it is one of the very few Spanish cities abundant in water. This was discovered on a 1962 map, where we learned of the underground streams that originated from the city’s periodic floods.

The contrast between this idea linked to the city’s hydrography and the stack of buildings in the other proposals of the International Competition made it possible to win the competition. The presence of water allowed the implementation of the idea proposed practically in the initial sketch: to create a generous park on the railway layout, vertically manifested in a cluster of towers. Water, parks, and towers generate a new urban centrality, leveraging a public infrastructure whose environmental

sustainability has earned the second BREEAM.ES Urbanism achieved in Spain, quoting literally:

“The integration and re-urbanization of infrastructural land through the creation of a large park of over 72,000m2 have contributed to improving urban mobility and the biodiversity of the environment, while its connection with various peripheral green areas as an ecological corridor has allowed the mitigation of the “heat island” effect and appropriate management of rainwater through sustainable urban drainage systems (SUDs).” Javier Torralba, director of BREEAM Spain.

(DESCRIPTION BY THE AUTHORS, TRANSLATION BY ARQUITECTURA)

FIG 03. Vista general de la propuesta [José Hevia].
General view of the proposal.



FIG 04. Fotografía del parque con fuentes de agua [José Hevia].
Photograph of the park with water fountains.



FIG 05. Fotografía del proceso de construcción [José Hevia].
Photography of the construction process.

FIG 06. Diagrama del esquema de riego y vegetación.
Irrigation and vegetation scheme diagram.



Ideologías y territorios

‘CAFÉ HOUELLEBECQ’, II

Iñaki Ábalos, Albert Cuchí y Eduardo Prieto

En la segunda entrega de la serie ‘Café Houellebecq’, dedicada a explorar las paradojas de la arquitectura contemporánea, Iñaki Ábalos y Eduardo Prieto conversan con el arquitecto y profesor Albert Cuchí sobre los riesgos de convertir la sensibilidad por el territorio en un modo reduccionista de entregarse a un nuevo romanticismo del medioambiente.

Iñaki Ábalos (IA): Que los arquitectos tengan conciencia de que su trabajo se inserta en una red de intercambios energéticos y materiales, en una red territorial, es sin duda algo muy necesario que podría devolverle a la arquitectura parte de su relevancia. Pero me pregunto si, con esta atención al territorio cercano, no corremos el riesgo de caer en los regionalismos del material, de lo vernáculo, pasados ahora por una pátina medioambiental que hace que los miremos con buenos ojos. Nos referimos, por ejemplo, a los arquitectos que, sobre todo en el Levante español, están trabajando con la piedra y la madera de una manera, a mi juicio, conservadora...

Albert Cuchí (AC): En el fondo, el conocimiento tradicional, cómo se codifica, cómo se utiliza, cómo se transmite, es algo que se presenta a la escala de lo local, pero tiene universales que se reconocen y son homogéneos en muchos lugares. Los arquitectos que mencionas tienen para mí interés en la medida en que, trabajando con técnicas vernáculos, plantean un manifiesto que dice: “Se puede hacer arquitectura más allá del Movimiento Moderno, de la industria. Una arquitectura tradicional que, sin embargo, es radical, y que trabaja con lo cercano”. Puede haber muchas exageraciones en ella, propio de un manifiesto, como esa voluntad de dejarlo todo visto, pero, como mínimo, esta arquitectura nos sugiere que se están discutiendo nuevos modelos, que hay todavía mucho camino por recorrer.

IA: Me intriga que esta arquitectura, de muros de piedra y forjados de madera, pueda encajar en los precios de protección oficial.

Ideologies and Territories

AC: El problema, en realidad, está en los costes reales, no en los precios. Pongo el ejemplo de las emisiones de CO2 y su consideración como un precio no pagado, como una ‘externacionalización’. Cuando construimos un edificio, no incluimos en el presupuesto el coste que suponen las emisiones debidas a su construcción y las que supondrá a lo largo de su vida útil. Un precio que, desde el principio, pagamos todos. La arquitectura, como todo nuestro entramado industrial, es también una tecnología de exportación de impactos ambientales, energéticos y sociales. Por eso es tan importante buscar alternativas en las que el precio asuma los costes ambientales. Solo así podremos saber dónde estamos.

Eduardo Prieto (EP): ¿Pero, se puede resolver el problema, simplemente, creando un catálogo ambiental, y yo diría que ético, de materiales ‘buenos’ y materiales ‘malos’?

IA: Trabajes con el material que trabajes, tendrá sus problemas. Lo difícil es saber cuándo uno es más problemático que otro, porque el asunto depende de aspectos complejos y mezclados entre sí: la extracción, el rendimiento energético, el impacto en la salud, la transformación y puesta en obra, su posible reciclaje. Reducir el catálogo a materiales como la piedra y la madera implica una visión nostálgica y localista. No digo que esto esté bien o mal: digo que esta visión se da y que hay que tenerla en cuenta críticamente, como cualquier otra. Uno de los grandes expertos en energía, Matthias Schuler (Transsolar), afirma que los tres materiales que, en verdad, merece la pena reciclar son el hormigón, el acero y el aluminio. Si pudiéramos reciclarlos dentro de una escala territorial acotada, especialmente en el entorno de las ciudades, el problema medioambiental de la construcción quedaría, en lo fundamental, resuelto. No es una opinión de aficionados, como sabéis, y su aplicación es global.

EP: Centrarse en los materiales más empleados no deja de ser una variante de la idea del ‘óptimo de Pareto’, el economista. Para responder de manera eficiente a un problema complejo, multifactorial, Pareto creía que bastaba con actuar sobre los elementos fundamentales, aquellos que, por ejemplo, se llevaban el ochenta por ciento del problema, y afirmaba que intervenir sobre el veinte por ciento restante no merecería la pena, pues no mejoraría la eficiencia de manera proporcional. Se trata de una manera inteligente de abordar la cuestión, pero, como la arquitectura no es solo economía, ni siquiera técnica, no puedo dejar de preguntarme si, cuando hoy optamos por materiales como la madera o la piedra, no nos estamos dejando llevar por cierta superstición ética: más que un material real parece que buscamos una fórmula mágica que lo resolverá todo. Sin embargo, los problemas, sobre todo los complejos, no pueden encararse con magia. Los materiales forman parte

de una intrincada red de recursos dentro de un entramado que es económico y tecnológico, pero también social y cultural. Cuando construimos un edificio construimos un territorio, una historia, una cultura. Por eso nuestras decisiones deben estar razonadas y pensadas a medio plazo. No valen las recetas.

IA: La receta de la madera se ha convertido en emblema de la nueva sensibilidad por el territorio. Lo cierto, sin embargo, es que hoy apenas hay empresas en España que lo suministren en formato industrial y con garantías de explotación: la mayor parte proviene de Austria y Finlandia. A esto se suma que la industrialización de la madera depende de pegamentos que se comportan mal en climas cálidos, y el cambio climático está haciendo que el material esté más expuesto a las plagas. Cuando convertimos la madera en el material noble por antonomasia —y lo dice alguien que es sensible a su belleza— podemos estar cayendo, en buena medida, en la superstición.

EP: La relación supersticiosa con los materiales ‘especiales’ puede suponer un doble riesgo: por un lado, el de convertir la técnica en argumento único de la arquitectura, y en este caso hablaríamos de un funcionalismo ambiental donde todo se supedita a un discurso sostenible que ignora la estética y la cultura, aunque en realidad cualquier elección material o energética es siempre una elección simbólica y cultural; y, por otro lado, el riesgo de buscar un “material mágico” que, de un modo algorítmico, en cualquier situación y escala, y diríamos que casi sin pensar, permitiría dar una respuesta formal coherente atendiendo solo al buen rendimiento del material en cuestiones como los GEIs o el ciclo de vida.

AC: El ejemplo de la madera nos sirve, en efecto, para hablar del ciclo de vida. Más allá de los peligros que mencionas, los materiales deben considerarse a largo plazo y de una manera transversal, pero la noción de ‘ciclo de vida’, siendo tan amplia, está lejos de tener el mismo sentido para todos. Para un ingeniero químico, se resolverá a nivel de la composición interna y de tablas de impacto, pero un arquitecto lo tendrá que considerar también desde la escala territorial. La cuestión de la escala es clave y pueda abordarse de una manera complementaria. Pongamos el ejemplo de la dieta: día a día comemos ciertas cosas que constituyen la base de nuestra alimentación, aunque en ocasiones, los días de fiesta, nos damos el lujo de comer algo especial. La cosa vale también para la arquitectura: una cosa es la arquitectura común, la que se hace todos los días en la mayor parte de los sitios, y otra cosa son las arquitecturas singulares, las que socialmente pueden contar con estrategias y materiales distintos. Yo pienso que la arquitectura de cada día no puede construirse con materiales que no sabemos de dónde vienen y qué impacto tienen. El reto hoy es identificar esta ‘dieta’ arquitectónica.

EP: Sobre esto podemos pensar en la dialéctica entre la arquitectura culta y la arquitectura popular. La diferencia

entre ambas no solo estaba en las formas y los estilos, sino en la posibilidad de ir más allá del contexto para importar tecnologías distintas y materiales nuevos. Ahora estamos en un paradigma global, de entrecruzamiento de posibilidades técnicas y materiales, pero al mismo tiempo estamos volviendo a mirar con ojos renovados las tradiciones vernáculos que trabajaban con los materiales cercanos, la masa, la inercia térmica y a partir de esto sabían crear cultura...

AC: Yo tengo la hipótesis de que los grandes problemas de la arquitectura se solucionan ‘abajo’, en lo cotidiano, en la tecnología aplicada. En buena medida, es la agregación de demandas, de miles de productos, la escala industrial, de la que dependen hoy nuestras sociedades. Y del metabolismo que la mantiene. El metabolismo es la capacidad de la sociedad para extraer recursos y excretar residuos del medio. Desde esta perspectiva, en las ciudades industriales no hay ecosistemas, porque no existen fronteras acotadas. Ni siquiera lo eran cuando las ciudades tenían murallas, ya eran realidades cerradas pues dependían de la red de cultivos que las rodeaban. Hoy el alcance es mucho mayor, así que entender lo que sucede desde un punto ecosistémico local resulta insuficiente.

EP: La visión ecosistémica es probable que valga para un edificio completamente acotado o ligado a un entorno pequeño, pero ¿qué ocurre cuando, como está pasando hoy, el ecosistema no es un único ecosistema sino un conglomerado casi infinito de ellos que intercambian información, energía y materiales a escalas globales? ¿Es posible cerrar las fronteras, reconducir el problema a lo local?

IA: Nos guste o no, la realidad que está produciendo el mundo y en la que hay que ponderar los problemas y soluciones en verdad eficaces es la de la pujanza económica de las ciudades de veinte o treinta millones de habitantes que emergen en todos los continentes. A esta nueva escala global, las técnicas y problemas ambientales adquieren perspectivas diferentes. No estoy seguro de que sea bueno salirse de los entramados industriales, ni siquiera que sea posible. La tecnología puede, de hecho, ser un antídoto contra la idea ingenua de que los materiales en sí mismos pueden resolverlo todo y convertirse en emblemas de lo local, emblemas de un nuevo romanticismo.

AC: Hasta ahora hemos vivido en un régimen industrial que se sostiene en el transporte a gran escala y lo favorece ocultando sus impactos ambientales, no pagando sus costes reales. Cuando reduzcamos los impactos que produce — porque son insostenibles— veremos hasta qué punto ese modelo industrial se apoya sobre ellos. Poner de manifiesto que se puede construir de otra manera, localmente, es mostrar que hay alternativas a ese modelo, que hay otros paradigmas que pueden ayudar a equilibrar el sistema, a mejorarlo. Vivimos tiempos de cambio y debemos aprender a pensar de otra manera.



FIG 01. Ábalos, Prieto y Cuchí en el estudio del primero (Madrid, diciembre de 2023).
Ábalos, Prieto y Cuchí in Ábalos Office (Madrid, december 2023).

In the second instalment of the 'Café Houellebecq' series, dedicated to exploring the paradoxes of contemporary architecture, Iñaki Ábalos and Eduardo Prieto discuss with the architect and professor Albert Cuchí the risks of turning sensitivity for territory into a reductionist manner of espousing a new environmental romanticism.

Iñaki Ábalos (IA): For architects to be aware that their work will form a part of a network of energy and material exchanges in a territorial network, it is undeniably very necessary that they should be able to give architecture back part of its significance. But I wonder whether, with this attention to the immediate territory, we aren't running the risk of resorting to regionalism in terms of material, of the vernacular, which is now being given an environmental patina that obliges us to approve it. I refer, for instance, to architects, particularly in Spain's Levante region, who are working with stone and wood in a way, I believe, is conservative...

Albert Cuchí (AC): In essence, traditional knowledge, how it is coded, how it is used, how it is conveyed, is something that is presented at a local scale, but it has common features that are recognised as homogeneous in many places. The architects you mention are of interest to me to the extent that, while working with vernacular techniques, they propose a manifesto that states: "You can

create architecture that goes beyond the Modern Movement, that of industry. A traditional architecture that, nevertheless, is radical and works with what is locally available." It may contain many exaggerations, typical of a manifesto, such as the desire to leave everything exposed, but this architecture at least suggests that new models are being discussed, that there is still a long way to go.

IA: I'm intrigued that this architecture, with stone walls and timber floor plates, can be done at prices marked for affordable housing.

AC: The problem is actually one of real costs, not prices. I'll give you the example of CO2 emissions and their consideration as an unpaid price, as a form of 'outsourcing'. When we construct a building, we don't factor into the estimate the cost posed by the emissions produced by its construction and those that will be incurred over its useful life. It's a price that we all pay right from the very start. Architecture, like our entire industrial structure, is also a technology for exporting environmental, energy and social impacts. That's why it's so important to seek alternatives in which the price covers the environmental costs. That's the only way we will be able to know where we are.

Eduardo Prieto (EP): But can a problem be solved simply by creating an environmental catalogue, and I'd also say an ethical one, of 'good' and 'bad' materials?

IA: Whatever material you work with, it will have its problems. The difficult thing is to know when one is more problematic than another, because the matter depends on complex and interrelated aspects: extraction, energy performance, impact on health, transformation and installation, its potential recycling. Reducing the catalogue to materials such as stone and wood implies a nostalgic and localist vision. I'm not saying that this is good or bad; I'm saying that this vision is a reality and it should be taken into critical consideration, like any other. One of the leading energy experts, Matthias Schuler (Transsolar), asserts that the three materials that are actually worthwhile recycling are concrete, steel and aluminium. If we could recycle them on a limited territorial scale, particularly in urban settings, the environmental problem of construction would essentially be solved. This isn't an amateur opinion, as you know, and it's globally applicable.

EP: Focusing on the most widely used materials is still a variant of Pareto efficiency, with regard to the economist. In order to respond efficiently to a complex, multifactorial problem, Pareto believed that it was enough to act on the basic elements, those which, for instance, accounted for eighty per cent of the problem, and he asserted that intervening on the remaining twenty per cent wasn't worth the effort as it wouldn't proportionally improve efficiency. It's an intelligent way to approach the question, but, as architecture isn't only economics, not even technique, I can't help wondering, at a time when we choose materials such as

wood and stone, whether we're being convinced by a certain ethical superstition: rather than a real material, it seems that we're looking for a magical formula that will sort everything out. However, problems, especially the complex ones, can't be tackled with magic. Materials are a part of an intricate network of resources within a structure that is economic and technological, as well as social and cultural. When we put up a building, we build a territory, a history, a culture. That's why our decision must be reasoned and look to the medium term. Prescriptive thinking doesn't work.

IA: The prescription for wood has become an emblem of the new sensitivity for territory. The truth, however, is that there are practically no industries in Spain that supply it in an industrial format and with certification; most comes from Austria and Finland. Added to this is the fact that the industrialisation of wood depends on glues that behave badly in warm climates, and climate change is making this material more exposed to pests. When we turn wood into a quintessentially noble material—and this is from someone who is sensitive to its beauty—we could be largely giving in to superstition,

EP: The superstitious relationship between 'special' materials can pose a double risk: on the one hand, that of turning technique into the sole argument of architecture, in which case we'd be speaking about environmental functionalism where everything is contingent on a sustainable discourse that ignores aesthetics and culture, although any choice of material or energy is actually always a symbolic and cultural choice. And on the other hand, there's the risk of seeking a 'magical material' that algorithmically, in any situation and on any scale, and we could say almost without thinking, would allow us to provide a formal and coherent response taking into account only its good performance where matters such as greenhouse gases and life cycle are concerned.

AC: The example of wood actually comes in handy to allow us to speak of life cycle. Aside from the dangers you mentioned, materials should be considered in the long term and transversally, but the notion of 'life cycle', being so broad, has very different meanings for everybody. For a chemical engineer, it will be calculated in terms of internal composition and impact tables, but an architect will also have to consider it on the territorial scale. The question of scale is key and can be approached in a complementary manner. We can take the example of diet: we eat certain things every day that we consider to be dietary staples, although on occasion, on special occasions, we indulge ourselves by eating something special. This also applies to architecture: it's one thing to refer to common architecture, the one that's done every day in most places; and it's quite another to refer to singular architecture, which socially can make use of different strategies and materials. I don't think that everyday architecture can be built out of materials that we don't know where they come from or what impact they have. The challenge today is identifying this architectural 'diet'.

EP: In this respect, we can think about the argument between cultured architecture and vernacular architecture. The difference between both isn't just their forms and styles, but the possibility to going beyond the context in order to import different technologies and new materials. Now we face a global paradigm, of hybridisation of possible techniques and materials, but at the same time, we're revisiting vernacular traditions that would work with locally sourced materials, mass, thermal inertia, and would they would know how to use this to create culture...

AC: I espouse the hypothesis that the major problems in architecture are solved from 'below', in everyday life, with applied technology. To a large extent, it's the sum of demands, of thousands of products, the industrial scale, on which our societies depend today. And the metabolism that keeps it going. Metabolism is the ability society has to extract resources and excrete environmental waste. From this viewpoint, there are no ecosystems in industrial cities because there are no demarcated boundaries. They weren't even like that when cities had walls; they were no longer really enclosed because they depended on the network of crops that surrounded them. Today, the scope is much greater, so understanding what happens from the perspective of local ecosystem is no longer enough.

EP: The ecosystemic viewpoint probably works for a completely enclosed building or one linked to a small setting; but what happens when, as is happening today, the ecosystem isn't the only ecosystem but an almost infinite conglomerate of them that exchange information, energy and materials on a global scale? Is it possible to close borders, redirect the problem to the local scale?

IA: Whether we like it or not, the reality that is forming in the world an on which the problems and truly effective solutions will have to take into account is the economic strength of the cities with twenty or thirty million inhabitants that are emerging on every continent. Given this new global scale, environmental techniques and problems take on different perspectives. I'm not sure if it's a good thing to break away from industrial structures, or whether it's even possible. Technology can, in fact, be an antidote to the ingenuous idea that materials in themselves are able to resolve everything and become emblems of the local, emblems of a new romanticism.

AC: Until now, we've lived in an industrial regime that is sustained by large-scale transport and is favoured by concealing its environmental impacts, by not paying the real costs. When we reduce the impacts it causes—because they're unsustainable—we'll see how far this industrial model is held up by them. Highlighting that there is another way to build, locally, is showing that there are alternatives to that model, that there are other paradigms that can help to balance the system, to improve it. We're living in times of change, and we must learn to think in a different way.